



ZAMORANO

# UN HEROE DE NUESTRO TIEMPO

Por José María DE QUINTO

**ocho de la mañana**

**H**abían ya retirado la firma. Timidamente golpeó en la puerta. Esperó un momento. No se oía a nadie. Volvió a llamar. Al poco oyó una voz que le permitía la entrada.

El despacho estaba en penumbra. Entraba una poca de claridad por la ventana que daba al patio.

—Hoy han sido veinte minutos —el jefe había abierto el cajón y sacó la lista—. Debe tener cuidado, Daniel...

Estaba sentado con el periódico desplegado bajo el haz de luz que caía de la lamparita. Extrajo Daniel la pluma del bolsillo interior. Se

inclinó sobre la mesa y anduvo estampando la firma.

—Sí, me he retrasado —confesó mientras rubricaba—. No he oído el despertador.

Del negociado venía ya el tecleo de las máquinas de escribir y la voz del subjefe dictando una carta de trámite.

—No se vaya, Daniel —pidió de pronto el jefe. Daniel se detuvo cuando ya empuñaba la falleba—. Espere un momento.

Se volvió Daniel y anduvo tres pasos en dirección a la mesa. Desde allí, en pie, observó el rostro molesto, carifredondo, del jefe.

—Debo hacerle una seria adver-

tencia, Daniel —el jefe se había echado hacia atrás en el sillón—. En realidad no es a mí a quien corresponde hacerla, sino a personal... Sin embargo, espero que me lo agradezca... —Hizo una pausa en la que sacó el paquete de cigarrillos. Lo depositó sobre la mesa y extrajo uno, llevandoselo a los labios—. Es muy posible que le retiren a usted el permiso para trabajar por las tardes... —dijo al fin.

Hubo un silencio en que Daniel ni hizo sino mirar cómo el humo circula el rostro del jefe, cómo se elevaba blandamente, apelmazándosele por la frente, por el grisáceo cabello.

—Eso no es posible —dijo, al cabo, ronco—. Si no me dejan trabajar en otras cosas...

Se detuvo y entonces vio cómo el jefe se echaba hacia adelante y apoyaba los codos en la mesa.

—Sabe usted muy bien que en la reglamentación están previstos esta clase de permisos, que es privativo de las empresas concederlos o denegarlos, según los casos —hizo una pausa en la que anduvo mirándole largamente—. Vamos a ver Daniel —dijo de pronto—, ¿cuántas horas trabaja usted?

Había quedado con los ojos entornados esperando la respuesta. Daniel tardó un tiempo en contestar.

—Doce en total —dijo, el fin—. Siete aquí y cinco en el convento.

—Y dos más en una carbonería de la plaza de Matute —dijo el jefe al tiempo que se levantaba— elevan la cifra a catorce horas...

—Sí, tiene usted razón —confesó Daniel—. No me había atrevido a declararlo... Llevo la contabilidad de una pequeña carbonería, pero este trabajo no siempre me exige dos horas...

—Comprenderá usted que es una barbaridad —ahora el jefe había rodeado la mesa y se aproximó a Daniel—. Catorce horas de trabajo al día no hay quien pueda realizarlas... De no ser, claro está, que preste escaso interés a alguna de las ocupaciones... casi siempre a la principal, puesto que es la más segura y el despido es poco menos que imposible.

Daniel había bajado la vista. A pocos pasos, hundidos en la alfombra, veía los lustrados zapatos del jefe.

—Yo le agradeceré —se atrevió por fin a decir—. Me es muy necesario...

Entonces el jefe caminó unos pasos hasta llegar a la ventana. Una vez allí anduvo abriendo los batientes. Simultáneamente, una incierta claridad se expandió por el despacho.

—Con las medidas estabilizadas —dijo después de un tiempo— hemos entrado en un tiempo difícil —estaba de espaldas, mirando por el patio—. Sabe usted muy bien que estamos intentando ponernos al día. Hemos realizado distintos estudios sobre productividad y racionalización del trabajo y... se volvió de pronto—. Mire usted, Daniel: con el caso de usted y el de algunos otros compañeros suyos no hay modo de llevar a cabo la transformación que nos hemos propuesto. Llegan ustedes tarde, cansados, faltos de sueño. Tantas horas de trabajo provocan en ustedes un desgaste físico y psíquico disparatados. Es de todo punto imposible exigirles un rendimiento mayor...

—Yo le juro que... Trataré de corresponder de alguna manera... No sé... Trabajando más todavía... —se interrumpió y anduvo buscando razones—. Tengo tres hijos —confesó como avergonzado.

Avanzó entonces el jefe hacia él. Tenía el gesto grave, dolido.

—Mire usted, Daniel —dijo—. Yo lo comprendo. Qué me va usted a decir. Sé hasta qué punto son insuficientes los salarios... —Le agarró de los hombros—. A pesar de todo, estoy seguro de que a la larga me lo agradecerá... Si sigue así acabará enfermo. Es por su bien, Daniel...

Lo acompañó hasta la puerta. Al tiempo, iba dándole palmadas en la espalda.

—No informe desfavorablemente —suplicaba Daniel—. Le ruego que no lo haga.

Al entrar en el negociado no se molestó en dar los buenos días. Tomó asiento y pasó la hoja del calendario de mesa. 17 de agosto. Estaban ya todos sumergidos en el trabajo. Zumbaban las calculadoras, tecleaban las máquinas de escribir. Antes de abrir el cajón y sacar los papeles echó una ojeada. Allí, en el otro extremo, el subjefe andaba mirándole. Entonces, precipitadamente, abrió el cajón.

**tres de la tarde**

Comenzó a recoger con cierta lentitud. Algunos lo habían hecho ya. En realidad todos aguardaban el

momento de salir. Aunque todavía, sentados, tenían las mesas limpias de papeles.

—Hasta mañana... Hasta mañana...

Daniel echó la llave del cajón e inició camino. En la calle, el sol estallaba brutalmente contra las fachadas. Hacía calor, un calor denso, húmedo, sofocante. Esperó a que el disco se pusiera verde para poder cruzar. Antes pasó un turbio, bumeante pelotón de vehículos dejando un mareante olor por la calzada.

Caminó por la otra acera buscando la escasa sombra de algunos toldos. Del asfalto parecía nacer fuego. Se adentró por una callecita perpendicular, siguiendo toda una línea de sombra. La taberna estaba ya a pocos pasos. Retiró la cortina y penetró en la grata fresca del interior.

—Buenas tardes, don Daniel —tardó un poco en descubrir al mozo enteramente. Primero no advirtió sino el blancor de la chaqueta; luego, poco a poco, fue descubriendo sus facciones de campesino—. ¿Lo de siempre? —oyó que le preguntaba.

—Sí, Luis...

Tomó asiento en una de las mesas de mármol. Desde allí anduvo mirando al mozo como si se sintiera en la necesidad de retenerlo dentro de sí. Cedió luego a esta necesidad y anduvo mirando simplemente cómo abría la barra de pan con el cuchillo y cómo iba metiendo las chorrosas sardinas. Unas cuantas moscas se habían detenido en la lata y las espantaba a manotazos.

—Vaya bochorno, ¿eh, don Daniel? —dijo el mozo mientras llenaba una caña de vino—. Con este tiempo no apetece más que dormir.

En el penumbroso silencio no se oía sino el borboteo de las moscas. A veces, desde el interior, llegaba un amortiguado ruido de pasos.

—Aquí tiene —dijo el mozo. Habían salido del mostrador y ahora depositó la caña de vino y el bocacillo sobre la mesa—. Que le aproveche.

Espantó Daniel unas moscas que revolaban el bocacillo. Después lo cogió con ambas manos. Al apretarlo escurrieron algunas gotas de aceite cayendo sobre el mármol.

El mozo había regresado al mostrador. Desde allí, acodado en el rincón, lo veía comer.

**cuatro de la tarde**

Había que entrar por la iglesia. Los altares estaban apagados y la luz del día caía de lo alto tamizada por las opacas vidrieras.

A lo mejor había alguna vieja ovillada en un banco. Las viejas eran como un montón de harapos oscuros. De pasar junto a ellas se percibía, a lo mejor, el ronroneo irracional y medroso de sus rezos.

Dejaba Daniel el sol y el sofocante calor de la calle. Entraba y hundía los dedos, a veces la mano toda, en el frescor del agua bendita. Se persignaba empapándose la frente y luego las mejillas. Después, lentamente, avanzaba por el pasillo central que formaban los bancos. A su paso, tal si estuviera vivo, despertaban los gemidos del entarimado.

Cuando llegaba a la altura del presbiterio se arrodillaba frente al altar mayor. Hincaba las dos rodillas en el suelo e inclinaba la cabeza. Después subía los escalones y entraba en la sacristía.

Generalmente nunca había nadie. Miraba a su alrededor. Los armarios empotrados, grandes y oscuros, se elevaban hasta el techo. En la semioscuridad reinante descubría el arranque de la escalera. Atravesaba entonces la sacristía, con el siempre mareante olor a cera e incienso, e iniciaba la subida por la estrecha escalera de caracol.

En la otra planta seguía el corredor. Estaba todo en silencio, como vacío. A ambos lados se sucedían las puertas de las celdas pintadas de almagra. Estaban todas cerradas y en el interior no se percibía ni el más mínimo signo de vida. Daniel seguía el corredor andando de puntillas, tal si temiera turbar el sueño de algún niño.

Al llegar al fin del corredor empujaba la puerta frontal.

—Buenas tardes —solía decir Daniel. El matrimonio de gafas estaba ya allí. Los dos eran pequeños, tímidos, insignificantes. Los dos miraban desde lejos, desde la hondura de sus mucias dioptrías. Los dos sonreían medrosamente.

—Buenas tardes —decían a dúo los dos. Estaban ya sentados, uno junto al otro; la mujer frente a la máquina de escribir; el hombre, frente al anuario telefónico. Más allá, cada uno en su mesa, había otros dos hombres. Los dos, enlutados, circunspectos, consumidos. Uno, encorvado, inclinado sobre la máquina; el otro, con el anuario abierto, apoyándolo sobre las rodillas. Cuando entraba Daniel, los dos nombres contestaban al saludo con una leve inclinación de cabeza.

Después del saludo Daniel tomaba asiento. A la derecha de la máquina estaban los sobres; a la izquierda, el anuario telefónico de España.

Había ya comenzado el tecleo, el incesante, el obsesionante tecleo de todas las tardes. Por entre el martilleo se distinguía la voz del hombrecito de las gafas, una voz atiplada, enuncoide. Dictaba a la mujer nombres y domicilios siguiendo el orden alfabético de la guía. A veces se mezclaba su voz con la de uno de los señores circunspectos, que también dictaban en voz alta, y se producía una pequeña confusión.

¿Qué has dicho? —preguntaba entonces la mujer. El hombrecito de las gafas repetía el nombre y domicilio, y todos, absolutamente todos, hasta Daniel, se miraban y sonreían felices por un momento.

«Calderón Bárcenas. Camposamor, número 12», «Calderón Blanco, Pelayo, 4», «Calderón Bravo...» Daniel metió el primer sobre en el rodillo. Abrió el anuario. Buscó la ciudad de Murcia, y, dentro de la ciudad, la señal que había dejado el día anterior. En seguida comenzó a escribir. Nombres y señas, nombres y señas. Metía y sacaba sobres de la máquina. A medida que los iba escribiendo los iba apilando a su izquierda. La «Underwood» de carro estrecho brincaba alborotadamente bajo su pulsación.

—¿Está haciendo alguien Almería? —preguntó uno de los señores circunspectos y enlutados—. Es que ya hemos terminado Alicante...

No nadie estaba haciendo Almería. Así es que el que había preguntado se alzó del asiento y de la estantería cogió otro tomo del anuario. El tecleo se hacía rabioso, casi desesperado. Rápidamente iban creciendo los montones de sobres escritos. Se alzaban igual que acordeones abiertos y, a veces, cuando alcanzaban una cierta altura, se des-

lizaban unos sobre otros desparramándose sobre las mesas.

El hombrecito de las gafas había encendido un cigarrillo.

—De esta manera cunde más —le dijo a Daniel—. Mientras uno dicta el otro escribe.

Daniel sonrió como por compromiso y se puso de nuevo al trabajo. «García Lorenzo. Viriato, 7», «García Luciana. Calvario, 18».

El hombrecito de las gafas, después de sus palabras, se había levantado. Lentamente cruzó la habitación hasta el rincón en donde se hallaba el botijo. Lo alzó más bien torpemente y echó un largo trago. Luego, mientras se secaba la pechera, regresó a su puesto. La mujer andaba escribiendo con los ojos metidos en las mismas teclas.

—¿Por dónde vas? —le preguntó el hombre. Ella se limitó a señalarle la línea con el dedo. Al poco, comenzó a oírse otra vez la voz atiplada del hombrecito.

Cuando se abrió la puerta todos miraron hacia ella y pudieron ver al padre Lobato. Todos vieron cómo avanzaba hacia la mesa y, en silencio, todos pudieron percibir el temblor del piso.

—Buenas tardes, hijos —saludó el padre Lobato—. ¿Cómo va ese trabajo?

Uno de los señores circunspectos, el que se había levantado a coger el anuario, respondió complacientemente.

—Hace un momento hemos terminado Alicante.

El padre Lobato había ya tomado asiento. Andaba ordenando el montón de impresos que había sobre la mesa.

—Adelante, pues; adelante, hijos. Otra vez creció el tecleo de las máquinas, rabiosamente, desesperadamente. El tecleo y las voces de los que estaban dictando. «González Liébana...», «González Lidón...» Al cabo, el padre Lobato se alzó del asiento y se aproximó a Daniel. Daniel, al verlo junto a él, se detuvo en el trabajo e hizo intención de levantarse.

—No, hijo, no te muevas —le dijo el padre Lobato acompañándose de un ademán. Daniel, en-

**SIGUE**



## Un héroe de nuestro tiempo

tonces, se limitó a alzar la vista—. Estoy pensando que necesitas un compañero —añadió después—. Sin alguien que te dicte el trabajo no puede avanzar. ¿No tienes mujer?

—Sí, padre, pero tiene que cuidar de los chicos.

—Ah, ¿tienes chicos?

—Sí, padre; tres.

—Serán muy majos.

—Sí, padre.

El padre Lobato permaneció un rato en silencio. Daniel se sentía incómodo, pero no se atrevía a levantarse.

—Puedes traer a un compañero de oficina —dijo al fin el padre Lobato—. Ya sabes: cinco horas y setecientas pesetas...

—Sí, padre.

—... por el momento... Si fuese a más, como es de esperar, os subiremos el sueldo.

—Sí, padre.

—Ahora ven aquí —dijo el padre Lobato yendo otra vez a su puesto—. En vez de sobres vas a ir metiendo los impresos.

Siguió Daniel al padre Lobato hasta la mesa. Una vez allí permaneció en pie hasta que el padre lo invitó a sentarse. Tomó asiento.

—Toma, vete doblándolos y mételes en los sobres —el padre Lobato le había acercado uno de los montones de impresos—. Después habrá que poner los sellos.

Daniel se puso a su nuevo trabajo. Mientras, el padre Lobato abrió el libro de oraciones.

Seguían el teclado y las voces. El padre Lobato movía lentamente los labios. En los impresos, estampado en hueco, podía verse un coche «Mercedes». Por arriba del coche, en grandes caracteres, se anunciaba la gran rifa. *Un coche «Mercedes» valorado en un millón de pesetas. En combinación con la Lotería Nacional. Pedido de papeletas...* Al cabo de un tiempo, el padre Lobato cerró el libro de oraciones y lo depositó sobre la mesa. Durante un rato anduvo mirando a Daniel.

—Si esto toma incremento —dijo después—, aquí podéis tener un pequeño porvenir. Por lo pronto, he pensado que hay que tomar más personal y comprar otras dos máquinas —suspiró hondamente—. Si todas las ciudades respondieran como Vitoria —dijo—. Con Vitoria da gusto... Hay gentes muy pladostas...

—Sí, padre, eso he oído decir —dijo Daniel.

El padre Lobato había quedado pensativo mirando hacia el techo.

—Las cosas hay que montarlas por lo grande —dijo después de un silencio—. La caridad hay que organizarla bien... Un coche «Mercedes» valorado en un millón de pesetas... No es que a nosotros nos cueste el millón. ¿De dónde íbamos a sacarlo? —añadió en seguida—. Como se trata de una obra benéfica el Ministerio nos concede permisos...

Daniel sonrió tímidamente, mansamente. El padre Lobato se alzó del asiento y se acercó al matrimonio de gafas. «Cuevas Suárez, Villafra, 6», «Cuevas Torres, Elvira, 18», estaba dictando el hombrecito.

## nueve de la noche

Cuando salió del Metro estaba ya oscureciendo. Había remitido un tanto el calor y, de vez en vez, un consolador venticillo recorría las calles. Se le hacía difícil, casi imposible transitar por ellas. Las gen-

tes se apretujaban por las aceras, caminando despacio y despreocupadas. El hormigueo humano, denso y moroso, le impedía avanzar y, a veces, se veía obligado a abrirse paso a empujones.

No se sintió liberado hasta que entró en la plazuela. En realidad no era sino un irregular ensanchamiento de la calle. Apretó el paso. Iba de prisa. Habían ya encendido el farol de la esquina. Las tabernas estaban tentadoramente abiertas a la calle, pobladas de voces y de ruidos. A veces, al pasar, miraba hacia el interior.

Encontró el cierre a medio echar. Agachó la cabeza, encogió el cuerpo y pasó al interior. Un olor a carbón y resina le vino al encuentro. No había otra luz que la que escapaba de la pequeña oficina, resguardada del polvo por una mampara de cristales. Dentro de la garita encristalada vio a Cesáreo. Avanzó en la semioscuridad, tropezó con una pala. Cesáreo alzó entonces la vista de los papeles.

—Tenga cuidado, don Daniel —dijo—, no se vaya a esconchar una pierna.

Abrió la puertecita Daniel. Los cristales estaban sucios, ennegrecidos de polvo.

—Buenas tardes, Cesáreo —saludó mientras se acercaba a la mesa de pino en donde se amontonaban los papeles—. ¿Qué tal se ha dado hoy?

Cesáreo se había levantado. Con un dedo señaló un mazo de facturas.

—Ahí tiene usted —dijo—. Las de la derecha no las apunte. Son las del enjuague, ¿sabe? —añadió sonriendo.

Después salió de detrás de la mesa para cederle el sitio a Daniel. Tanto uno como otro tuvieron que maniobrar por la pequeñez del recinto.

—Esto es más pequeño que el camarote de los hermanos Marx —dijo Cesáreo.

Sonrió Daniel. Tomó asiento. Se aproximó las facturas. Cesáreo dijo: —Bueno, don Daniel, yo ando ahí, en donde Poll. Cuando acabe véngase a tomar un vasito.

Lo vio salir, agachar la cabeza, encoger el cuerpo. Después se acodó en la mesa y escondió el rostro entre las manos.

Se estuvo así un buen rato. En el silencio, allá por la cueva y las criptas, oía el rumor de las ratas andando por entre los montones de leña. Suspiró hondamente. Retiró las manos y anduvo restregándose los ojos. Luego miró el montón de facturas que había sobre la mesa. Cogió la primera. «Hijos de Valeriano García; por diez toneladas de cock...» Volvió a dejar la factura. Escondió otra vez el rostro entre las manos. Otra vez percibió el rumor de las ratas andando por la oscuridad de las criptas. Al fin, después de otro suspiro, sacó la pluma y abrió el libro. «Por operaciones realizadas en el día de hoy», escribió. Después cogió la factura. «Diez toneladas de cock servidas a...»

Antes de terminar el asiento se echó hacia atrás, contra el respaldo, por ver si se le suavizaba el dolor de espalda.

## once de la noche

Los escalones crujían tal si estuvieran vivos. A los escalones les habían echado más de un remiendo de tablas. Subía Daniel lentamente, agarrado al pasamanos. Desde las puertas, a través de ellas, distinguía voces. Oía el llanto de un niño; la destemplada voz de una mujer. Por toda la escalera, piso a piso, se espesaba un ácido olor a repollo cocido. De pronto, mientras subía, se apagó la luz y entonces siguió ascendiendo a oscuras, a la sola

claridad de la noche, que entraba por los ventanos del patio.

Cuando llegó al piso anduvo hurgando en la cerradura con la llave. Antes de que atinara, le abrieron desde dentro.

—Hola —la mujer sujetaba aún la puerta. Estaba en pie, mirándole desde una honda tristeza.

—Hola —contestó Daniel. Y echó a andar pasillo adelante.

Antes de llegar al cuarto oyó el ruido producido por la puerta del piso al ser cerrada. Los niños estaban ya dormidos. Se acercó a la cuna de la nena. Anduvo mirándola un tiempo, sin casi atreverse a respirar. La nena dormía encogidita, hecha un ovillo de carne. Se agachó y le rozó la frente con los labios. Luego se acercó a la cama de los niños. Anduvo otro rato observando su sueño y les puso la mano en la frente.

Al volverse advirtió la presencia de la mujer. Estaba en la misma puerta, contemplándole desde la honda tristeza de siempre.

—Tienes puesta la cena —dijo. Entonces Daniel salió del cuarto y echó a andar por el pasillo.

La ventana de la cocina estaba abierta. Sin embargo, como daba a un patio interior, no corría ni una brizna de aire y el calor era sofocante.

Tomó asiento Daniel. Sobre la mesa estaba la comida: dos platos cubiertos a su vez por otros dos colocados del revés.

—¿Quieres que te la caliente? —Había entrado la mujer y tomó asiento en una sillita baja—. A lo mejor está fría.

—Así está bien.

Destapó uno de los platos. Aún humeaba el puré. Removió su espesor con la cuchara. Después principió a comer.

—¿Quieres darme la sal?

La mujer se alzó y fue hasta el vasar. Cogió el tarro y lo dejó sobre la mesa. Daniel metió los dedos. Luego fue sembrando la sal por el plato.

Estaban en silencio. La mujer se había sentado de nuevo y ahora andaba mirando como comía Daniel. Por la ventana entraban los ruidos y las voces de la vecindad.

—¿Sabes? —Daniel había quedado con la cuchara suspendida a la altura del pecho—. Dice el jefe que a lo mejor me retiran el permiso para trabajar por las tardes...

La mujer no dijo nada. Entonces Daniel se llevó la cuchara a la boca. Hizo un ruidito al sorber el puré.

—¿Quieres más? —La mujer se había levantado—. ¿No te apetece un poco más?

Negó Daniel con un movimiento de cabeza. La mujer entonces retiró el plato y lo dejó en el fregadero.

—Si me retiran el permiso... no sé qué vamos a hacer... —dijo Daniel.

—No te preocupes demasiado —replicó la mujer—. Ya verás como salimos adelante...

Destapó Daniel el otro plato. Con los dedos cogió un boquerón. Crujió entre sus dientes. La mujer había abierto el grifo y andaba fregoteando el plato.

—No sé... no sé... —dijo Daniel—. A lo mejor no lo hacen.

Vino un silencio en el que no se oyó sino el crujir de los boquerones entre sus dientes. La mujer había ya acabado de fregar y ahora andaba secando.

—Mañana, cuando oigas el despertador, secúdeme bien —dijo de pronto Daniel—. Hoy he llegado veinte minutos más tarde. Con ello llamo la atención sobre mí...

La mujer se acercó a Daniel.

—Descuida, ya lo haré —se le quedó mirando—. Es que me da pena —dijo—. Estás tan dormido.



Daniel siguió comiendo en silencio. La mujer dejó el plato en el vasar, colgó el trapo de la barra de la cocina.

—Oye, Daniel... —No se atrevía a mirarlo.

—¿Qué?

Tardó unos segundos en responder.

—Para mañana sólo tenemos quince pesetas...

Se hizo un silencio que parecía no iba acabar nunca.

—Si estamos sólo a dieciséis —dijo roncamente Daniel—. Faltan catorce días...

La mujer se acercó a Daniel.

—¿Te traigo el libro? Este mes lo llevo todo apuntado.

—No digas tonterías —dijo bruscamente Daniel—. Ya sé que se habrá gastado en algo...

Creció un hondo silencio en el que Daniel anduvo mirando fijamente a la pared. La mujer estaba en pie, a pocos pasos, con los brazos abandonados a lo largo del cuerpo.

—Es que este mes... —se atrevió a decir al cabo de un tiempo— hemos comprado zapatos a los chicos...

Daniel no dijo nada. Seguía en silencio, inmóvil, mirando a la pared.

La mujer se aproximó aún más, hasta casi rozarle.

—Yo no quiero preocuparte, Daniel —dijo suavemente—. De verdad que no quiero preocuparte, te lo juro —le aflujían las lágrimas y se las enjugaba con los nudillos—.

Yo no sé qué ocurre, pero algo me dice que las cosas no andan bien... Te estás matando a trabajar y no podemos vivir...

Daniel había vuelto poco a poco el rostro. Ella estaba llorando mansamente, calladamente. Entonces se alzó y repentinamente comenzó a besarla.

—Anda, déjala estar, mujer —la besuqueaba, le bebía las lágrimas—. Mañana lo arreglo, ya verás —quedó pensativo por un momento—.

En la oficina no va a poder ser —dijo—. No sé si el padre Lobato o si el Cesáreo...

—Si es que... si es que...

La calló buscándole los labios. Volvió a besarla largamente. Sin soltarla del abrazo mató la luz. Después, estrechamente abrazados, siguieron el pasillo hasta el dormitorio.

FIN